

de los amigos íntimos: la mesa sobre la cual se han dado puñetazos en esas discusiones ardientes originadas al comentar por la noche la noticia de sensación del día: la mesa de café que va asociada á los recuerdos del tiempo viejo y en torno de la cual se aparecen con todos sus rasgos característicos las caras de los amigos inolvidables.

Esto no se sabe hasta que se llega á un café en país extraño, y el café con ser moka excelente sabe á achicoria, y el coñac, un coñac viejo y oloroso, se nos antoja brebaje indigesto, todo porque nos falta la mesa conocida, el marmol que amarillea con el desgaste de nuestra diaria visita... Mira, Paco, el café es el segundo hogar para la generalidad de los mortales; mas para mí, que no tengo hogar fijo ni familia, esto mesa en que estoy sentado es el único hogar al cual me ves llegar, sin quitarme siquiera el polvo del camino, en busca de algo que me recuerde aquella época feliz (hará de ello veinte años) en que tenia menos dinero que ahora, pero menos canas, más inexperiencia de la vida, pero más bríos en el cuerpo y en el espíritu: ¿Te acuerdas?..

—Señor don Eusebio—dijo á este punto el mozo que habia escuchado con boca y ojos abiertos las palabras del antiguo parroquiano—voy por la copa de Jerez y... hablaremos.

Dió media vuelta y echó á andar hácia el mostrador, frotándose con disimulo los párpados, los cuales á duras penas sirvieron de dique mientras habló don Eusebio, al agua que iba inundando los ojos de Paco, el decano de los mozos del café, el incansable narrador de historias antiguas, el vanidoso camarero que no acababa nunca la lista de nombres ilustres que habian desfilado por sus mesas.

Alas hubieran dado á cualquier otro camarero, y no habria servido una copa de Jerez con la presteza con que se la sirvió Paco á D. Eusebio.

—Oye—dijo este, despues de tomar

un sorbo y sacar del bolsillo una pipa formidable:—¿qué se ha hecho del general?

—¿El general Salas? Murió el pobrecito. Cumplió la edad reglamentaria, tuvo que pasar á la escala de reserva y le mató la tristeza de verse clasificado entre los trastos viejos. La última noche que le serví café, me dijo: Paco, me parece que pronto te vas á quedar sin el último parroquiano.

—Pero, ¿y los otros?

—Todos murieron antes que el general. D. Esteban, que ya sabe usted si era fuerte y duro, cogió un catarro y se le declaró una tisis que llamaron los médicos galopante. ¡Y si galopó la maldita! Fué cuestión de quince días. Don Francisco, el magistrado, murió de una apoplejía. Murió el Sr. Berriz: el pobre nunca tuvo mucha salud, pero se defendía. Una mañana (hará de ello diez años) le encontraron muerto en su cama. Desde entonces quedó la reunión reducida al general. Venia todas las noches, y á falta de amigos con quien charlar, hablaba conmigo y recordábamos los dos las discusiones y los sucesidos de esta mesa. ¡Cuántas veces le hemos sacado á usted á plaza! ¡Pobrecito—decia el general—habrá muerto, cuando nada se sabe de él! Y vea usted lo que son las cosas. ¿Quién le habia de decir al general que estaria comido de los gusanos, y yo hablando con usted, como estoy ahora?

—¡Mozo! ¡mozo!—gritaron unos jóvenes que habian tomado asiento en una mesa de al lado.

—Va, señorito.

Pero Paco, en vez de ir, siguió diciendo:

—No sabe usted, Sr. D. Eusebio, lo triste que es para mí el café desde que quedó desierta esta mesa. Cada vez que veo sentarse en ella á un desconocido que da palmadas para que le sirva, siento dentro de mí algo que no sé explicarme, algo que me obliga á odiar al que me llama, y á mirarle como